

# ADIOS A UN GRAN CORUÑÉS

# Wenceslao Fernández Flórez

Por VICTORIA ARMESTO



un secreto que él quería guardar de sus propios paisanos, los cuales se vengaban haciéndole aun más viejo de lo que era.

Y ya era bastante. Cuando nació en Coruña don Wenceslao, 1879, sólo seis años habían pasado desde la Primera República, y España aún tenía Imperio. En sus ochenta y cinco años de vida, que a sí mismo no podía ocultarse, don Wenceslao vio cómo España se enzarzaba en guerra con Norteamérica, cómo perdía Cuba, Puerto Rico y las Filipinas; y ya era joven mozo cuando las desgracias africanas que iban abriendo el paso a la dictadura, que a su vez, iba a abrir el paso a la Segunda República.

### SE PARAPETO TRAS EL HUMOR

De todo ello fue testigo el señor Fernández Flórez y la estimación de tantas calamidades no le dejó sino una gran dosis de escepticismo. Al ponerse a escribir eligió el camino del humor, que quizá era el más adecuado para resumir tan continuada como inútil tragedia. Se parapetó don Wenceslao tras el humor como los hechiceros africanos detrás de sus caretas rituales.

Antes hubiera dejado saber sus años que dar a conocer al mundo su timidez, su innata bondad, su romanticismo, aquel amor que profesaba a los seres humildes, especialmente a los nacidos en los indecisos bordes de su propia clase. También, y acaso buscando el contraste a sus inclinaciones, don Wenceslao amaba las personalidades fuertes y poderosas, especialmente si estaban fuera de la política, pues a los políticos les conocía demasiado bien para admirarlos.

Prefería a los capitanes de industria de Cataluña, donde tenía muchos amigos. Hombres de fábricas, de empresas, sobre todo, de acción. El dinero le interesaba a Fernández Flórez sólo en la proporción en que produce dignidad. Un «aurea mediocritas» era, para sí mismo cuanto deseaba. Había en él una gran capacidad de renuncia. Acaso le resultaba más fácil renunciar que poseer. Su enorme éxito en el periodismo español, su reputación como novelista, le permitió obtener aque- llo que más deseaba: un río de cuartillas blancas que llenaba con aquella su letra tan hermosa y regular, una letra casi femenina en su precisión.

Y digo lo de las cuartillas porque, don Wenceslao me confesó en una ocasión que el momento más emocionante de su vida fue aquel en que entró en el «Nordeste» y tuvo a su disposición tantas cuartillas de papel «blanco, virginal, imputos» como deseaba. En los primeros tiempos de su vida, Fernández Flórez tenía que escribir en papeles ya impresos por un lado, en cosa ya usada que, a su juicio, hacía desmerecer la prosa.

### AVERSION AL PERIODISMO

Había iniciado pronto su paseo por las redacciones, lo que explica, tal vez, la aversión con que miró al periodismo más tarde. A los 15 años ya era un repórter, a los 18 un director de periódico, a los 25 un «viejo» periodista.

Aunque la historia ha de recordarle principalmente por sus crónicas políticas (en donde captó un tiempo con la precisión y la crueldad con que un cazador prende a la mariposa) don Wenceslao gustaba de visualizarse como novelista.

No obstante, sabía que la literatura si no se tiene la suerte de ser un Blasco Ibáñez, es una profesión que en España no da para vivir. «Pepe Jiménez», que fue uno de los grandes «best sellers» españoles, no le produjo a Valera lo bastante para comprarle un traje nuevo a su esposa. Fernández Flórez fue más dichoso, «Las Siete Columnas», su libro más audaz, le permitió comprarse una sortija con una amatista, de la cual no se separó nunca y que llegó a ser parte de su pulida y atildada personalidad.

La literatura era un trabajo de amor; el periodismo, un «game lucrando», un oficio del que hay que vivir porque no se tiene otro. Y la Prensa le daba principalmente aquella popularidad casi destimbrante que le hacía atravesar la calle Real entre graciosos ademanes y sombreros que se alzaban:

—Usted lo pase bien, señor Fernández Flórez.

—Se le saluda, Wenceslao.

—Adiós, «Wences».

«Adiós», «Adiós», respondía Fernández Flórez con aquella su habitual gentileza y urbanidad. Lo peor del caso es que no reconocía a nadie. Esta condición, ya iniciada en sus años juveniles, se fue agravando con la edad. El mismo decía que, si la encontrara de improviso en un lugar extraño, sería incapaz de reconocer a su propia madre. Yo misma presencié como desconocía a su hermano. Los que estábamos en el secreto nos acercábamos a él blandiendo como una bandera nuestra identidad. Conmigo solía enfadarse: «Por favor, cómo no voy a reconocerla?».

No obstante, más de una vez me miró cual a una extraña.

Mientras su memoria fonológica era prácticamente inexistente, don Wenceslao

gozaba de una apreciable memoria técnica y toponímica. Si pasaba por una curva nunca se olvidaba de aquella curva. Nunca confundía una ciudad con otra ciudad, un paisaje con otro paisaje. Acaso su incertidumbre ante la gente era también un producto de su timidez.

Afortunadamente su cortesía, que tenía un delicioso carácter de ausencia, de persona que está en las convicciones y más allá de las convicciones, le permitía su debilidad memotécnica ante personas que no se la hubieran perdonado.

### CONOCIMIENTO DE SUS LIMITES

La condición esencial de Fernández Flórez, aparte de su continuada honestidad profesional, era el exacto conocimiento de sus límites. Nunca pretendió llegar a donde no alcanzaba su sombra. Nadie mejor que él conocía sus propios fallos, hijos principalmente de su involuntaria condición de autodidacta.

### PRODUCTO CARACTERISTICO DE LA CORUÑA

Era uno de los coruñeses más populares que han existido en los últimos cincuenta años. Era también un producto característico de nuestra ciudad, acaso porque representaba una faceta muy singular y acusada de nuestra idiosincrasia. Gallego en lengua castellana (condición bastante corriente en La Coruña) don Wenceslao tenía una cierta dificultad para entablar un diálogo con el pueblo, dificultad a la que contribuía también el carácter especial de su crítica y la sutileza de su estilo, pero tampoco puede decirse que estuviera totalmente apartado del pueblo, especialmente de los campesinos, cuya psicología posiblemente comprendía mejor que la de los obreros. Había en Fernández Flórez mucho de la cuquería y de la refinada marica del labriego; como el aldeano, también estaba dotado de la simpática habilidad de encoarse cuando pasa el fatigo y seguir riendo después.

Más que ningún otro honor, a él le hubiera gustado saber que haría su último paseo por su ciudad natal en brazos de jóvenes campesinos de Cecebre, el lugar que estaba más cerca de su corazón y donde se dispuso el único lujo a que llegó en su espartana vida: se hizo lo que los campesinos llaman «un chalet». Siempre había tenido, al borde de la fraga que describió en su obra predilecta, una ca-

sa alquilada. Cuando, al fin, llegó a la ansiada posesión, era ya un poco demasiado tarde y la muerte le estaba rondando con sus sombras.

El pueblo coruñés participaba de la admiración hacia el gran hombre, pero el público de don Wenceslao, sus «chinchas» eran, en La Coruña como en las demás provincias españolas, las clases burguesas que le tenían como en un fanal. Los militares también le admiraban enormemente, en los cuarteles de banderas, y en ambientes extraños a la literatura circulaba su «Malvado Caravel» y su «Toro, Toro y Gato». Los cuentos de tierna sátira hacían asomar las lágrimas de las señoras. Aquellos sus deliciosos giros coruñeses encantaban a sus paisanos: Fernández Flórez, escribía como ellos hubieran querido escribir.

Acaso nunca una clase se vio tan bien representada, y esta especial caracterización, por encima de los perdurables méritos literarios, harán que don Wenceslao sea estudiado con empeño por los historiadores del futuro. Camba, cuyo estilo era más draconiano, no disponía de un humor menos al alcance de ciertas esferas en donde don Wenceslao reclutaba su más segura y fiel clientela.

A esta clientela fue siempre fiel Fernández Flórez y se vio compensado por la fidelidad aún en los tiempos en que, como Galdós, se sobrevivió a sí mismo.

### CONOCIMIENTO DE SUS LIMITES

La condición esencial de Fernández Flórez, aparte de su continuada honestidad profesional, era el exacto conocimiento de sus límites. Nunca pretendió llegar a donde no alcanzaba su sombra. Nadie mejor que él conocía sus propios fallos, hijos principalmente de su involuntaria condición de autodidacta.

Uno de los conversadores más brillantes y mordaces que han nacido nunca en La Coruña, Fernández Flórez se contraía ante las grandes asambleas. Nunca hubiera podido ser un orador de masas como el Médico Rodríguez. Su fina dialéctica era propia para el diálogo y la relativa intimidad, y no para el mítin o para los «juegos florales». De los primeros y de los segundos se libró siempre nuestro ilustre amigo, hasta que los años (o, fugit irremediabilis tempus) alojaron en sus reservas y le hicieron perder la medida de las proporciones. Para satisfacer a unas simpáticas señoras de la alta sociedad coruñesa, que ponían su gracia al servicio de una organización religiosa, don Wenceslao aceptó mantener un lirismo del que siempre había huido como de la peste. Para los coruñeses que le querían fue penoso el espectáculo, aunque afortunadamente abreviado por extemporáneos y piadosos aplausos. Yo misma recordé el grito del anciano Galdós cuando ya chocheara: «¿Dónde está el rey Alfonso que no viene a verme?». No cabe duda de que, para las grandes figuras públicas, existen determinados peligros si se vive demasiado tiempo.

Mas, vista en su conjunto, la vida de Fernández Flórez nos ofrece un balance satisfactorio. Nacido en circunstancias modestas en la calle del Torriero, y sin haber recibido el caudal de

sabiduría compostelana, llegó a todo lo más que se puede llegar en el periodismo español y fue uno de los hombres populares de su tiempo.

En su larga existencia no conoció el exilio, como suele ser frecuente en los españoles ilustres, nació en su ciudad y, si no murió en ella, volvió ya muerto y La Coruña le tributó uno de los grandes entierros públicos. Fue expuesto en el Ayuntamiento igual que Curros Enríquez, que no tuvo la suerte de morir en su patria.

Hombre de convicciones fundamentalmente liberales, Fernández Flórez supo templarnos con su escepticismo. Sólo una vez se vio amenazado (por la barbarie roja) pero halló refugio en el limbo de una embajada.

Tenia por naturaleza o adquirida en su larga lucha para conseguir un puesto en el periodismo, la condición de que ya hemos hablado y que le unía a nuestro campesinado, la de saberse agachar cuando pasa la tempestad. Le ayudaba mucho también el no tener uno de esos temperamentos fieros o un amor desordenado a ciertas convicciones o principios.

Realmente fue un hombre que no creyó mucho en nada. Y no habló de sus principios religiosos, que él siempre mantuvo en la reserva y que sería imprudente e incorrecto tocar aquí. Bastanos decir que también en este terreno observó un prudente equilibrio y supo mantenerse en la ortodoxia huyendo de toda exageración.

El equilibrio, que llevaba también a su vida social, le hizo desconfiar de todo desmelanamiento fuera de este o de aquel orden. Le horrorizaba la vida literaria por lo que tiene de caótico y consideraba las tertulias como una semilla de discordias. Aunque su nombre aparecía invariablemente en todas las listas de homenajes, era muy raro encontrarle en ningún banquete. Sus amigos eran, por regla general, gentes burguesas: industriales, ingenieros, militares, notarios.

No se consideraba don Wenceslao a sí mismo «intelectual» ni esta palabra le producía un especial coque, pues ya le marcaba que, puesto a admirar, sólo admiraba a los hombres de acción.

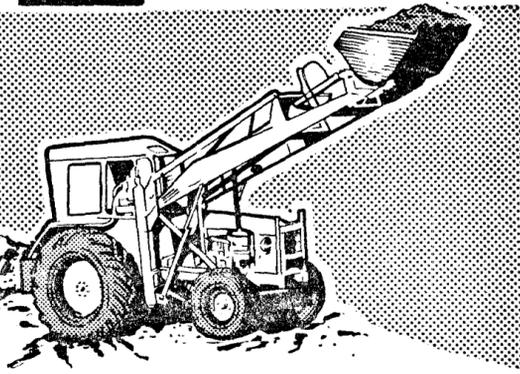
La técnica, de la que no entendía nada, pues no era capaz ni de escribir a máquina, le producía también un gran asombro y profesaba hacia los ingenieros la misma admiración que don Benito Pérez Galdós. En la técnica adivinaba la clave de nuestro tiempo, un código secreto e inexplicable.

### APRENDIENDO TODO EN LA BIBLIOTECA DE LA REUNION DE ARTESANOS

Profundamente individualista, don Wenceslao admiraba el trabajo en equipo, si bien no consideraba al país pue- blico para ejercer tan beneficiosas sumisiones. Todo cuanto sabía—según me confesó un día—lo había aprendido en la biblioteca del Círculo de Artesanos.

Cuando el lujoso ataúd en que venían sus restos mortales se detuvo ante la puerta de Artesanos el día 2 de mayo de 1964, ya nadie en el Círculo podía recordar (puesto que sus amigos

El tipo Obras Publicas UN MATERIAL ESPECIALIZADO PARA LAS EMPRESAS DE OBRAS PUBLICAS



Motor Diesel 3 cilindros refrigerado por aire en la categoría de 45 CV. Bique "agri-route" de 10 velocidades, desde 0,64 a 23,45 km. h. Embrague de doble efecto. Tomas de fuerzas independientes. Bloqueaje de diferencial. Central hidráulica que permite accionar los implementos suspendidos o a distancia.

concesionario RENAULT

CONCESIONARIO E. MORA Carretera del Pasaje (Casablanca) Teléfonos 31343-31344-La Coruña

AGENCIA EN FERROL TALLERES SUEIRAS Sol, 30 al 42 - Teléfono 3060 - El Ferrol del Caudillo

AGENCIA EN SANTIAGO TALLERES CAEIRO Espiñeira, 27 y 30 - Teléfono 1149 - Santiago de Compostela

le precedieron en la muerte) al joven pálido y flaco que un día fue don Wenceslao, siempre encerrado en la biblioteca devorando libros con tanta pasión.

Pocos hubieran adivinado entonces que llegaría a donde no llegó el más brillante Antón del Olmet (a quien faltaba la sabiduría anímica de don Wenceslao) y que don Torcuato Luca de Tena le iba a abrir sus columnas y la Real Academia sus puertas.

Para un hombre que, en su fuero interno, desdeñaba los honores, Fernández Flórez agavilló las suficientes grandes cruces, Isabel la Católica, Alfonso el Sabio etcétera, como para satisfacer la vanidad de un diplomático. Un ministro le impuso las insignias de hijo predilecto de su ciudad, y otro ministro le dio el pergamino por el que se le nombraba «perito, dista de honor», una categoría que el Gobierno concede a los periodistas que, por haber llegado a edades patriarcales, demuestran que tienen ciertas condiciones que en nuestro país son necesarias para sobrelevar una profesión tan llena de riesgos.

El pobre Antón del Olmet, aún en el caso de que no lo hubiera matado

su íntimo amigo, jamás hubiera llegado a ser periodista de honora. Tampoco don Julio Camba.

### MUY UNIDO A SU TIERRA NATAL

Aunque el vehículo de su expresión era el castellano, don Wenceslao Fernández Flórez estaba muy unido a su tierra natal, y, después de trasladar su residencia a Madrid, seguía volviendo a La Coruña todos los veranos. También le gustaba mucho Portugal y tenía una gran inclinación hacia Eça de Queiroz. El más grande de los escritores portugueses influyó bastante en el estilo de don Wenceslao, quien se preadaba de aquella rara inteligencia, de aquella descomunal ironía...

Galicia inspiró su primer éxito novelístico: «Volvoreta», y como cerrando el círculo, su novela última, «El Bosque Animados», vuelve a los cauces originales.

Nuevamente se mete Fernández Flórez en la piel tierna de los primeros ensayos, nuevamente la malicia viene sólo como contrapunto a esta ternura. Pero en «El Bosque Animados» aún se ve algo más; y es como un alestar de ese panteísmo gallego que está presente en nuestro país antes de Prisciliano, y después de Prisciliano, sin que los muchos años de cristianismo hayan logrado borrarlo totalmente.

En su penetración con la fraga de Cecebre, en su fundirse en la naturaleza del entonces agreste lugar, en su amor a los hombres, a los animales, a los árboles, a las plantas y a los minerales, encontró Fernández Flórez un anticipo del eterno sosiego que es el suyo ahora.

BAD GODESBERG, ALEMANIA OCCIDENTAL. 11 de mayo de 1964

Advertisement for Achicoria 'La Niña' featuring a bottle of 'LA PRIMITIVA SEGOVIANA' and a woman's face. Text includes 'ACHICORIA PURA LA NIÑA CUELLAR (SEGOVIA) NIETOS DE LEOCADIO SUAREZ CUELLAR (SEGOVIA) ACHICORIA PURA EXTRA' and 'Achicoria "La Niña" Se complace en presentar al comercio y público consumidor, su nuevo envase. Totalmente automático su empaquetado, permite garantizar las máximas cualidades de pureza e higiene.'

Advertisement for Fortalezcase Tomando el Gran Vino Quinado featuring a bottle of 'SANSON' and 'ANTIASMATICO MOYANO'. Text includes 'FORTALEZCASE TOMANDO EL GRAN VINO QUINADO SANSON ANTIASMATICO MOYANO ASMA-BRONQUITIS TOS SECA Laboratorio: Riego de Agua, 43'

...A finales del año 1948, o a principios del 49, una joven periodista gallega, la cual era—según el discreto lector puede suponer—la misma que escribe esta crónica, pulsó el timbre de una casa madrileña, sita en la calle de Alberto Aguilera 12, que entonces tenía muchos árboles y un gran pasaje por el centro. —Don Wenceslao Fernández Flórez, ¿está en casa? —Pase—respondió una simpática voz—; ahora aviso al señorito. Me dirigí hacia una sala o despacho que, por un arco, se comunicaba con otro despacho alcobá, separada por una cortina. Había en aquellas dos habitaciones varios muebles antiguos y pesados de tipo más o menos renacentista, estanterías con libros, diversos bustos y un retrato al óleo de don Wenceslao, fotografías de personas diversas, entre ellos de doña Emi, la Pardo Bazán... Los balcones daban a la calle de Alberto Aguilera. Erán, me dije—las habitaciones propias de un escritor, exactamente lo que me atraía a un hombre de espíritu, un hombre como Wenceslao Fernández Flórez... Como todas las jóvenes de mi tiempo yo había sido criada en la administración y el pismo que nos producían algunos de los ilustres escritores, gloria de las letras coruñesas: La condesa Emilia, bajo cuya maciza estatua juvenil al otro de niña, y don Wenceslao Fernández Flórez. Con Wenceslao y doña Vega para mí no eran los balcones; no había oído hablar en la vida de otros coruñeses que se distinguieran en diversos campos de la ciencia, de las letras, del periodismo o de la política. No digo citando nombres porque sería una relación muy larga. Wenceslao nos producía una admiración casi superior a la de la Condesa. Mi ilusión entonces hubiera sido escribir y a modo, hacer una segunda «Volvoreta», o disponer de una «Chapa de liquid humor que Wenceslao manipulaba con la misma soltura que el poeta en la sala de esgrima. En la época de periodismo, nos habíamos leído tanto y con tan exhaustiva dedicación como don Marcelino Me. Galdós y Pardo y de don Ramón de Alarcón que me juré no leerlos en mi vida. Si algún profesor nos daba un tema para expresar nuestras preferencias inmediatamente respondía: «Yo no sé que como Fernández Flórez no ha escrito nadie en España», y con estas palabras horribas a los muchachos don Marcelino y don Ramón que tanto inspiraban a nuestros mentores. Ahora, al fin, comisionada por una revista de la Prensa del Movimiento, me había encargado un reportaje, y a conocer a mi ídolo. Puede suponerse cual era mi estado de ánimo en aquellos breves minutos que mediaron entre el recibimiento que me tributó la mozcana y la aparición del ilustre coruñés.

**EXQUISITA URBANIDAD**

Había preparado un discurso más o menos hecho, pero, al presentarse don Wenceslao, me quedé sin habla y no me dije nada. Al ponerme de pie me había tomado asiento en un sofá muy cómodo de cojines, noté que mi voz casi doblaba la del escritor, lo que me emborazó un poco. Curiosamente, también pareció emborazarse al propio don Wenceslao que, al verme tan grande, tan alta y tan joven, se quedó muy pasmado de que yo fuera una profesión tan poco estimada a su juicio, como la de periodista. Me es cierto que le tranquilicé un poco que lo hacía como un capri- choso de amateurs.

Después quedamos un momento sin hablar, y al fin, don Wenceslao inició una conversación tratándose de «señores y de estados», lo cual me hizo sentir muy importante.

Tras el instante su exquisita urbanidad tan singular contraste ofrecía la insolente familiaridad que me había en España durante estos días. Me pareció un hombre viejo, y algo así como un otoñal amigo de Bradomín.

Don Wenceslao era uno de los refugios más seguros, uno de los puertos más seguros del periodista a la caza de insectos. Como era tan popular, encantador y tan interrogador; como tenía un humor tan acusado, hacia las delicias de los caricaturistas.

Como se cerraba el humorista a tan continuadas y continuadas exigencias, su habilidad y su ingenio estaban a punto de cualquier pasqueto. No me moví por vanidad, por bullir en la prensa, quizá su apertura se debía a un momento; su timidez, que le impedía escribir, y también su conocimiento de las miserias que trae consigo la profesión de repórter.

Como generosidad daba una hora de su tiempo y un par de destellos de su ingenio, claramente tenía ya preparada un bocan y, puesto que las preguntas eran muchas veces las mismas, solía repetir las respuestas.

**NO HACIAN MAS VIEJO DE LO QUE ERA**

A mí, por ejemplo, me dijo lo que me había pasado después de José María Caraballín, que aunque no se había casado con él, aun no se consideraba casado, estaba en edad de merecer. Yo no cometi la incorrección de decirle mi edad, puesto que era